

Biblioteca-Films

OMO DON JUAN DE SERRALLONGA

Núm. 82

50
cents.



RAY
COMPTON
NIGHT
BARRE

COOPER, George A.

Año II

Tercera edición

Núm. 52

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:

Calders, 86

Teléfono: 37-4

BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Como Don Juan de Serrallonga

(CLAUDE DUVAL, 1924)

Novela romántica de castos amores y viles traiciones
según la novela de

Louis Stevens y V. Gareth Gundry

Exclusivas: L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 48 - Barcelona

PERSONAJES

INTERPRETES

Lady Norma

Fay Compton

Claudio Duval

Miguel Barrie

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

¿Qué nación no ha tenido su bandido generoso y caballeresco, cuya historia no haya pasado a la posteridad? Célebre se hizo en el mundo el nombre de don Juan de Serrallonga, romántico bandido catalán, alma grande y magnánima, protector de los pobres y desvalidos, castigador de los magnates orgullosos, víctima inocente de vil traición: sus manos no se tñeron jamás en sangre inocente y ningún hecho punible ennegrece su vida de héroe legendario. Su recia figura, heroica y romántica, parece revivir en la persona de Claudio Duval, el protagonista de esta historia novelesca de capa y espada, en la época caballeresca de la poderosa Albión.

Son las primeras horas matinales de una deliciosa mañana otoñal. Las sombras de la noche desaparecen con los primeros rayos del sol nascente; las alondras remontan el raudó vuelo sobre la campiña riente, entonando alegres su matutina oración; las campanillas se abren para recibir la sonrisa de la aurora; las flores campestres, en cuya corola resplandece el rocío con una lágrima de la noche, parecen despertar al contacto con la luz, embalsaman-

do el ambiente; las abejas abandonan la colmena para reanudar su diaria tarea; los rebaños salen de sus apriscos y van en busca de sus pastos: la naturaleza toda entona un himno a la luz. ¡Es la hora matinal!

Por la carretera real de Londres a Dover cabalgan, sin apresuramientos, dos caballeros, nobles por su aspecto. El de más edad y vistoso alfo y arreos, es el Duque de Brentleigh, embajador extraordinario de Su Majestad Británica en la Corte de Francia. Es alto, fornido, frente ancha, nariz roma, bigote y perilla a la borgonesa del siglo XVI. Es su acompañante Claudio Duval, joven caballero francés, recientemente agregado al servicio del primero.

Conversan amigablemente y, tan lentamente cabalgan, que parece no tengan mucha prisa de llegar a su destino y se complazcan en aspirar el suave ambiente de la campiña riente.

—Amigo Duval—decía el duque de Brentleigh con airo de satisfacción—, no podéis figuraros lo dichoso que me siento al encontrarme de nuevo en mi suelo natal. Páreceme, a fe, que mis pulmones respiran aquí con más desahogo.

—Razón tenéis, buen duque—replica Duval—y muy explicable es esta dicha que sentís; pues pintoresco es este país a juzgar por lo que vemos, y no le va en zaga a los paisajes que hemos admirado en mi patria.

—Ahora vamos a atravesar un pueblecito, el de Brentleigh, donde gustaréis la espumosa

cerveza inglesa, más gustosa que vuestros vinos de allende el canal.

—Satisfecho quedaré, duque, de poder comprar yo mismo vuestro aserto.

—Allí tenéis al ventero. Por su papo y su enorme barriga podéis juzgar lo saludable de este clima...

—Y lo alimenticio de los animalitos que se crían en sus corrales.

—¡Ventero, cerveza!—vocó el duque cuando hubo llegado frente a la posada, a cuya puerta había un grupo de aldeanos.

Corre el venturoso ventero mientras los dos caballeros paraban sus cabalgaduras y, a poco, vuelve con dos jarros llenos de espumosa cerveza y mientras los entregaba a los jinetes, exclama:

—¡La mejor cerveza de todo el Reino Unido!

Después de gustar la bebida con deleite, el duque de Brentleigh dice:

—A te mía, posadero, que tenía ganas de volver a gustar la vieja cerveza inglesa, después de beber a todas horas los vinos de Francia.

—¡Buena cerveza!—alabó Claudio Duval, devolviendo el jarro al ventero.

Satisfecha su sed, volvieron los jinetes a seguir el camino de Brentleigh y a proseguir su charla.

—Casi nos hallamos al término de nuestro viaje, Duval. ¡Qué alegría embarga mi ánimo al volver a ver a la dulce y honesta dama que lleva mi nombre!



No tardó Lionel en presentarse a su hermosa prima (pág. 19)

—Según me habéis hablado de ella colijo que la amáis.

—Merece todo mi amor por su belleza, recato y modestia.

—Mucho la alabáis.

—Más se merece ella...

Llegaron los jinetes al principio de extensa alameda atravesada por una carretera bordeada de álamos, al final de la cual se divisaba el magnífico castillo, pétreo recuerdo perenne de edades pretéritas: es la señorial mansión de Brentleigh, con sus torres cónicas y sus ventanas ojivales.

Los jinetes se paran.

—¿Veis, Duval?—dice el duque extendiendo su brazo diestro en dirección del viejo castillo—, esa es la mansión de mis mayores. Ese es el nido que cobija a la mujer de mis pensamientos, a la más hermosa criatura que jamás hayáis conocido. ¡Mi castillo, Duval, mi hogar! ¡Al fin nos hallamos a las puertas del Paraíso!

—Digno de reyes me parece.

—Acortemos la distancia que de él nos separa al trote corto.

Dice el duque, y ambos terminan su larga caminata al trote de sus bridones.

La llegada del duque puso en alegre movimiento a todos los habitantes de la señorial mansión; hubo gran recogijo y se proyectó para la noche de aquel día una fiesta entre los amigos y señores vecinos del ducado de Brentleigh.

Pero no cabe duda que la más satisfecha por la llegada del duque fué su esposa.

Lady Norma, la gentil y distinguida esposa del duque de Brentleigh, es una mujer única en belleza; pero de una belleza tan llamativa, una mujer de tan finos modales y tan amable, que daba mucho que hablar. Nadie podía acusarla de haber faltado a su marido; pero las mujeres la critican porque todos los hombres la desean.

Y es que Lady Norma, sin tener una alma perversa ni haber faltado jamás a la fidelidad jurada al duque, le agradaba coquetear, poniendo en juego sus atractivos personales que eran sobrados, para hacer que los más apuestos caballeros suspiraran por una sonrisa suya o por una palabra amable.

Uno de los nobles que más había enmarañado su corazón con aquellas palabras amables y en aquellas sonrisas, era Lord Chesterton, quien, como muchos otros, hab'a acariciado la idea de poseer a la duquesa en ausencia del duque. Pero se equivocó, pues Lady Norma no pasaba más allá de coquetear con él, como lo hacía con todos, ya sea por exceso de educación y amabilidad, ya sea, quizás, por falta de prudencia y recato.

Cuando Lady Norma hubo saludado a su esposo, vió una cicatriz en su mano diestra.

—Una herida!—exclamó con dolida—. ¡Oh, Dios mío!... ¿Quizás un duelo?... ¡Oh, esta sola palabra me hace temblar!

—¡Nada!—contestó el duque con indiferencia. ¡Una cicatriz!

Y prosiguió, señalando a su compañero de viaje que la contemplaba con recatado continente:

—Norma, te presento al señor Claudio Duval; un valiente caballero francés a quien he agregado a mi servicio.

—Y al servicio de la duquesa, cuyos pies beso.

—Caballero Duval, quien sirve a mi marido me sirve a mí. Sed bienvenido a esta casa, donde podéis albergaros como en la vuestra.

—Gracias, duquesa.

El caballero Claudio Duval quedó instalado en las habitaciones del castillo de Brentleigh.

II

Trasladémonos a Londres, al Londres del siglo XVI.

La casa Archer, especie de casino aristocrático, era llamada «El Templo de la Suerte», donde las fortunas de los hombres y los favores de las mujeres cambiaban a menudo de dueño.

En una inmensa sala iluminada espléndidamente con grandes y artísticas arañas pendidas del artesanado, cuajadas de bujías encen-

didas, seéntanse alrededor de multitud de mesas cubiertas con tapetes verdes, gran número de caballeros de pro y linajudas damas, mostrando éstas sus escotes alabastrinos. Sólo se oye en la sala un barbotear como rezo de beatas en la iglesia; y es que en todos aquellos corros se juegan fortunas y todos están más atentos a las jugadas que dispuestos a la charla.

Sentada en uno de aquellos corros y acodada a una de las mesas de tapete verde, seria, con los ojos encandilados, vemos a una dama de facciones correctas pero de modales poco señoriles, aunque su indumentaria diga lo contrario.

Llámasse la damita Magda Crisp, una muchacha pueblerina, cuyas manos, hechas a cebar lechones, se han ido pulimentando cuando los azares de la vida la han llevado a frecuentar el trato de la nobleza masculina engañada por promesas de unos ojos color de esperanza y por unos labios promisorios de besos.

Esta muchacha es la amante oficial de Lord Lionel Malyn, primo del duque de Brentleigh, un caballero considerado como el «non plus ultra» del maquiavelismo cortesano.

A juzgar por la expresión contraída de su rostro, Magda no debe ser la aliada de la suerte.

Terminada una de las jugadas, el caballero más cercano a Magda se inclina hacia ella.

—Me extraña, Magda, que no seas más afortunada en el juego.

—¿Por qué, barón?

—Porque si es verdad que «afortunado en el juego desgraciado en amores», lo contrario también debe ser verdad.

—No os comprendo.

—Más claro. Me parece, querida Magda, que tu enamorado Lionel empieza a gustar más de otros encantos que de los tuyos.

—No convenéis mi alma con tales insidias.

—Pues ya te irás convenciendo... Siguele los pasos.

Dijo el caballero y se levantó, dejando a la hermosa tahir abismada en sus pensamientos de odio contra el hombre que la engañaba, según le acababan de asegurar.

Transcurrieron pocos minutos. Una mano posada delicadamente en el hombro de Magda, la hizo volver en sí.

Era Lord Lionel Malyn, primo del duque de Brentleinh, como sabe el lector. Es alto, delgado, algo cargado de espaldas. Su rostro—con su nariz enorme, sus ojos pequeños, su boca grande, con el labio inferior saliente y su minúsculo bigote—podría servir de modelo para representar uno de los sátiros mitológicos.

Su retrato espiritual puede resumirse en pocas palabras: despreocupado, lascivo, jugador y pendejero. Tal es en cuerpo y alma el amante de Magda Crisp.

—¿Eres tú, Lionel?... En ti pensaba.

—Feliz yo que ocupó en tu mente un lugar de dilección.

—En mi corazón lo debes ocupar.



...más el joven francés, más agri y más fuerte, sólo con él en guerra (pág. 21)

—Y estoy seguro de que mi amada Magda lo guarda entero para mí.

—¿Puedo decir otro tanto de ti?

—¿Lo has dudado un solo instante?

—No quiero ni pensar que tú me faltes, porque sería capaz de cualquier barbaridad.

—¿Qué barbaridad!

—¿Hasta de matarte!

—Anda, deja esas ideas lúgubres y considera que no vivo más que para hacer feliz a mi amada Magdita.

—Si es así dame cien guineas.

—Estoy arruinado, hijita, y voy a reponer mi bolsa al castillo de mi primo, el duque de Brentleigh. Confío en que no me negará tal favor.

—¡Ya!—exclamó la bella dibujando su labio una sonrisa burlona—. He oído decir que la hermosa duquesa de Brentleigh no te es indiferente... ¡Anda con cuidado, Lionel, porque si yo llego a enterarme...

—Me matarías!—exclamó sarcónico Lord Lionel.

—No lo pruebas!

—Adiós, lindo tormento de mi alma!

—Adiós!

Fuese Lord Lionel sonriendo satisfecho, y aún no estaba en el fondo del salón, cuando se sentó al lado de su amante otro caballero, a quien ya hemos nombrado anteriormente como pretendiente a los indebidos favores de la duquesa de Brentleigh: Lord Chesterton, un caballero que pasa de los cuarenta años y pasa

de raya en sus pretensiones de conquistador de mujeres hermosas.

No olvida Lord Chesterton los desdenes de la duquesa de Brentleigh y ya ha premeditado su plan de venganza. Inclínase hacia Magda Crisp y díjole muy quedo:

—Magda, ¿ya sabes dónde va Lionel?

—Se va a Brentleigh para pedir dinero a su primo el duque.

—¿Y más bien, a hacerle el amor a la duquesa, su prima.

—Cuando el río suena... Ya son dos conductos diferentes por donde me viene tal noticia.

—No te sulfures, Magda; Lionel tiene menos interés por las guineas de oro del duque de Brentleigh, que por la posesión de su linda prima; de modo que su ida a Brentleigh puede convenirte.

—Menos mal.

—Quiero que me ayudes para vengarme de la duquesa.

—¿Cómo?

—Verás. Yo pretendí a la Brentleigh y ella me ha rechazado algo brutalmente. Quiero vengarme de ella, y a ello me ayudan ciertas cartas que la duquesa me escribió antes de casarse y que conservo en mi poder. Estas misivas no llevan fecha, yo se la pondré atrasada para mi intento... ¿Comprendes?

—¿Y cómo os ayudo yo?

—Ya lo sabrás. Tú lo que debes hacer es escribir a Lionel comunicándole lo que se refiere a estas cartas de la duquesa y diciéndole que

la noche del día en que recibirá tu misiva yo estaré en la posada de tu padre donde le entregaré estas cartas. Con esto él podrá hacer presión sobre la duquesa para alcanzar una buena cantidad, ya que no sus favores, porque Lady Norma es una fortaleza inexpugnable.

—¿Y después?

Después... va lo sabrás; primero haz esto. Aquella misma noche, Magda Crisp escribía a su amante:

Amado Lionel: Lord Chatterton estará en la posada de mi padre, cerca de Brentleigh, la noche del día en que recibirás estas líneas. Te entregará unas cartas que la duquesa le escribió antes de casada; pero en las que no hay fecha alguna y son, por lo tanto, muy comprometedoras para ella. En tus manos pueden ser armas que te facilitarán muchas guineas.

MAGDA.

III

Volvamos al castillo de Brentleigh, en donde Lionel se ha instalado.

Desde el primer momento, y sin rodeos ni ambages, solicita la ayuda pecuniaria que necesita a causa de sus malas andanzas y sobre todo del juego.

Lionel habla en serio con el duque de Brentleigh.

—Primo, mi honor está pendiente de tu ayuda. Necesito que me tiendas la mano... llena de buenas guineas de oro.

—Lionel, ya sabes que todos los asuntos financieros de esta casa corren a cargo de Norma. Dirígete a ella y confíale tus apuros.

—A ella iré.

No tardó Lionel en presentarse a su hermosa prima; pero, en vez de manifestarle su pensamiento tan abierta y claramente, empezó pronunciando palabras de halago y adulación. No dejó de ver Norma que tras de aquellos cumplidos y palabras melosas se ocultaba otro intento y se apresuró a levantar la tapa del fingimiento.

—Dejémonos de cumplidos, primo, y de palabras huecas que el viento lleva como del rastrojo se lleva las pajaritas. Sé donde vais, pues nadie ignora en esta casa que todas vuestras visitas no conducen más que a dejarnos un poco más pobres.

No habléis de dinero, Norma. Vuestras sonrisas son las únicas riquezas que mendigo.

—Entonces, milord, me parece que vais a ser mendigo a perpetuidad.

En diversas circunstancias volvió Lord Lionel a insistir sobre sus pretensiones de ser oído por la amable duquesa, y siempre fué rechazado con energía por ella. Pero ya que no conseguía abrir su cofre, propúsose lograr primero abrir su corazón con la llave, casi infalli-

ble, de la adulación, tratándose de mujeres poderosas; más fueron vanos sus intentos: la duquesa se mantuvo siempre digna de su nombre y de su alcurnia y despreció a su primo.

Mas no por esto desistía Lord Lionel de volver a sus ataques, pues siempre que podía hablar a solas con la duquesa no le faltaban arres-tos para insistir sobre lo mismo, y era porque su orgullo de conquistador le hacía creer que ninguna mujer podría resistírselo.

Encuentra Lord Lionel a su lindísima prima en el jardín y vuelve a sus ataques:

—Hermosa prima — le dice —, busco una flor para prendérmela al pecho y sólo una hallo que sea de mi agrado; pero ella se resiste: esa flor sois vos, la más hermosa y fragante, la única flor que alegraría mi vida y embalsamaría mi alma... ¡Norma, os amo!

—Lionel, si otra vez volvéis a hablarme de amor os aseguro que, sin tardanza, se lo diré al duque.

—¿De modo que mi linda prima se lo cuenta todo a su señor marido?

En aquel momento un servidor se acercó y entregó una carta a la duquesa y otra a Lord Lionel. Ambos se excusaron para leer sus respectivas misivas. Cuando Lord Lionel hubo leído la suya, dibujóse en sus labios una interior sonrisa, y mientras él plegaba la carta y ella metía la suya en el seno, el amante de Magda, cuya era la carta, dijo con tono de amenaza:

—Ya que deseáis que el duque se entere de

todo, pronto sabrá de mis labios una historia que, sin duda, vos no se la habéis contado nunca.



Callaron sus bocas y hablaron sus almas, que juntaron en un beso (pág. 33)

—¿Y es?

—Una historia de unas cartas y de unos amores.

—No seas cruel.

—Un poco de amabilidad por vuestra parte, querida prima, me haría olvidar esa historia enojosa.

Lady Norma dio unos pasos hasta un hermoso rosal gigante que se enroscaba en un tamarindo. Lord Lionel la siguió, llevando en su mano la carta de Magda que ya habían transmitido.

La duquesa, mirando una rosa, dijo:

—Vámonos, prendedme esta rosa en el corpiño.

Mientras Lord Lionel cortaba la flor, su prima cogió una de las ramas del punzante rosal, como apartándola, y la soltó, azotándole el rostro con ella con tal violencia, que al sentirse punzado en el rostro soltó la carta y se llevó las manos a los ojos. Norma, rápidamente, cogió la carta del suelo y dejó la suya, sin que su primo percibiera el cambio.

—¡Oh!, primo mío, ¿os he dañado?... Perdonad, se me escapó la rama.

—No, no ha sido nada —contestó Lionel resregándose los ojos, y siguiendo su idea fija prosiguió:— Os doy tiempo hasta la noche.

—Eso se cura con agua de rosas—dijo, y fue-se llevándose en el seno la misiva de Magda.

Un momento después, la linda duquesa estaba en sus habitaciones donde se enteraba de la carta escrita por la amante de su primo. Se dispuso a hacer fracasar el golpe que contra ella se preparaba. Hizo llamar a Claudio Duval, el caballero francés que el día anterior había llegado con su esposa.

Presentóse el gentil caballero en la cámara de la duquesa.

—Señor Duval—le dijo—, tengo entendido que en todas vuestras acciones sois un perfecto caballero.

—Me congratulo de esa idea tan halagüeña que de mí tenéis inmerecidamente. No sé como habréis formado ese concepto de mí.

—Instintivamente comprendo que puedo fiarme en absoluto de vos y solicitar vuestra ayuda.

—Dispuesto estoy a servirlos fiel y cumplidamente con mi persona y mi espada. Mandad, señora.

—Hace algún tiempo, una joven demasiado cándida, escribió a un hombre unas cartas fogosas, en las que vertía todo el calor que sentía en su corazón. Esas cartas, que no llevan fecha, van a ser utilizadas contra ella, es decir, contra mí... ¡Van a perderme, señor, y a robar al duque su felicidad!

—No sé si mientras yo esté vivo. ¿Qué debo hacer?

—Si queréis salvarme, presentaos esta noche en la posada de «Las dos llaves» y obtened esas cartas de Lord Chesterton, mejor por las malas que por las buenas.

—Contad con esos papeles. Se los arrancaré, aunque para ello tenga que arrancarle el alma.

—Gracias.

—¡Hasta la noche! Parto inmediatamente. Oid, duquesa. No conozco bien el país. Esa posada de «Las dos llaves» ¿hacia dónde cae?

—Por ella habéis pasado al venir aquí, antes

de llegar a Brentleigh, después de haber atravesado el famoso y extenso bosque que lleva ese mismo nombre.

—Sí, sí; ya sé.

Momentos después, caballero en brioso corcel, cabalgaba al galope el caballero francés Claudio Duval en dirección al bosque Brentleigh.

Aquella noche era la indicada para la cita que el inquieto y antipático Lord Lionel debía tener con Lord Chesterton; por eso, una hora después de haber salido Duval del castillo de Brentleigh, se disponía a partir el primo del duque. Antes de marchar, cruzóse en el jardín con la esquivia duquesa y le dijo en tono de burla:

—¡Hasta la noche, que me daréis vuestra contestación, querida prima!

—¡Hasta la noche!—contestó ella con un tonillo no menos burlón.

Amigos esperaban igualmente estar en posesión de las malhadadas cartas: ella para destruirlas, él para forzarla a su intento.

IV

En las inmediaciones del gran bosque de Brentleigh y cerca de este pueblo de agricultores, existe la célebre posada de «Las dos llaves».

Esta posada es conocida por todos los que de Londres se dirigen a Dover.

Los venteros son los padres de Magda Crisp, a quien ellos crecen en Londres ejerciendo el oficio de modista de algunas casas nobles, según ella les ha hecho creer.

John Crisp es un hombre bajito, rechoncho, de ojos pequeños y vivos, que no repara en albergar en su posada a ciertos caballeros que traen negocios poco limpios, pues sólo busca llenar su bolso sin reparar la procedencia del dinero.

La mujer del posadero ayuda a éste como cocinera del mesón, y su hijo Roberto como sirviente.

Empiezan a encender los velones cuando penetra en el mesón un caballero que, a juzgar por su alfo y por su chambergó, debía ser de pro.

Acercósele el posadero.

—Caballero, desahís...

—Una habitación, la mejor que tengáis... Dentro de poco preguntará un caballero por Lord Chesterton, le conduís a la habitación que me dispongáis.

—¿Queréis venir?

Un instante más tarde, Lord Chesterton quedaba instalado en la más confortable habitación de la posada de «Las dos llaves».

Poco después de posesionarse de ella, llegó Claudio Duval, quien, después de amarrar su caballo en los barrotes de una de las ventanas

hijas, penetró en la posada y preguntó al dueño:

—¿No se alberga aquí Lord Chesterton?

—Ahora mismo acabo de asignarle una habitación; ¿queréis verle?

—No, no; gracias.

La misma pregunta hizo al posadero otro caballero que entró en el mismo momento en que había salido el francés.

Salió Duval y, de pie sobre la silla de su caballo, observó por una de las ventanas. Un caballero dejaba la capa y el chambergo sobre una silla. «No cabe duda—pensó Duval—que éste es Chesterton».

Cubrióse el rostro con un pañuelo negro, a guisa de antifaz, no dejando al descubierto más que los ojos, llamó a la ventana y, cuando Chesterton se acercaba a ella, Duval ya estaba dentro del cuarto, pistola en mano.

—Me vais a entregar las cartas que tenéis dispuestas para entregar a Lionel?

—¿Entregaros las cartas?... ¡De ninguna manera!... ¡Quitádmelas si os atrevéis!

Al oír estas palabras, Duval se arrojó sobre el de Chesterton, quien procuró defenderse; pero el joven francés, más ágil y fuerte, dió con él en tierra y le pudo sacar las cartas. Chesterton gritaba demandando socorro mientras se defendía, y sus gritos fueron oídos por el posadero y sus huéspedes, quienes arrieron prestamente junto con Lord Lionel que acababa de llegar.

Mientras duraba la lucha, todos, desde fuera,

forcejeaban la puerta para poder defender a Lord Chesterton; la abrieron, al fin; mas fué inútil: el enmascarado había huido con las cartas de la duquesa.



El coche se había parado frente a un prado. (pág. 28)

Lord Lionel vió como un jinete se alejaba, y, desde la ventana, disparó inútilmente contra él su pistola.

Cuando Lord Chesterton se vió a solas con Lord Lionel, apuró un vaso de cerveza para quitarse el susto de encima.

—¿Quería robarnos, milord?

—Me ha robado las cartas de la duquesa, de valor incalculable.

—¿Quién es?

—No puedo decirlo más que era alto, fuerte y tenía un marcado acento francés.

—¡Duvál!—exclamó Lord Lionel—. ¡No podía ser otro!

—El demonio será, pues nunca creí existiera un ladrón más ladino y más hábil.

—¡Lord Chesterton, por vuestra culpa he perdido el dinero del duque y el amor de la duquesa!

—Y sobre todo algunos miles de guineas de oro.

A todo galope de su bridón llegó Duvál al castillo de Brentleigh y se apresuró a entrevistarse con la duquesa quien lo recibió en sus habitaciones.

—¡Las cartas!—dijo el caballero francés entregando un paquete a la duquesa.

—Gracias, amigo mío. Os quedo reconocida por tal favor, que nunca os podré pagar como se merece.

Y mientras decía esto, Lady Norma arrojó las cartas a la chimenea que estaba encendida y el fuego las devoró.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Quizás sea mi esposo!—dijo Lady Norma—. ¡Entrad ahí en mi dormitorio!

Duvál obedeció. Cuando la duquesa abrió la puerta, hallóse frente a su primo.

Lord Lionel vió aún flamear en la chimenea unos trozos de papel, y advirtió que eran las

malhadadas cartas. Sonrió amargamente, y Lady Norma comprendió que aquella sonrisa era de despecho.

Miró Lord Lionel en su derredor, como buscando al personaje portador de aquellos documentos que el fuego acababa de destruir. La duquesa, adivinando su pensamiento, le dijo:

—Veis, primo, que he sido más astuta que vos.

Muy comprometedoras debían de ser, cuando tanta prisa llevabais por hacerlas desaparecer—contestó él, señalando los últimos restos de los papeles incinerados.

En aquel momento penetró el duque en las habitaciones de Lady Norma.

—¿Tú aquí?—preguntó el duque a su primo.

—Sí—se apresuró a contestar la duquesa—, Lionel ha venido a darme una noticia desagradable. Regresa a Londres mañana por la mañana.

Comprendió Lord Lionel que hubiese faltado a la urbanidad y delicadeza desmintiendo aquella noticia falsa, y prefirió asentir.

—¿De modo que te has venido a despedir de mi esposa?

—Sí, porque partiré muy de madrugada.

Al salir de la habitación el inquieto primo del duque apercibió el chambergó de Duvál y quiso aprovechar aquella coyuntura para vengarse de su primo. Tomó en sus manos el sombrero y, disimulando, se lo entregó al duque pidiéndole excusas:

—Dispénsame, primo. Había tomado tu chambergo por el mío.

—No, no es mío—contestó el duque observando alternativamente el sombrero y a su esposa, que había cambiado súbitamente de color.

Desde el dormitorio de Lady Norma, cuya puerta estaba entornada, Claudio Duval pudo seguir esta y las anteriores escenas y comprendió el momento de angustia que debía pasar la duquesa por una imprudencia suya, la de dejar su chambergo tan en evidencia. Y, ante el peligro que corría una dama, Claudio Duval no vacitó ni por un momento en sacrificar su honor. Miró en su derredor; en un cofrecito entrecubierto apercibió las joyas de la duquesa; se apoderó de ellas, las metió en un guante y salió al salón, donde el duque aun contemplaba mudo el chambergo hallado en las habitaciones de su esposa.

Al aparecer el noble francés, saliendo de la habitación más íntima de la hermosa dama, los tres personajes experimentaron sentimientos bien distintos que se reflejaron en sus ojos y actitud: Lady Norma, espanto; el duque cólera, y Lionel, vengativa satisfacción.

Claudio Duval se adelantó con paso lento hasta el centro de la sala, llevando en su mente una sola idea: salvar el honor de una dama inocente, aunque fuese con menoscabo y detrimento del suyo. Al montar que el duque dirigía su mirada hechizada de cólera hacia su esposa, Duval suplicó:

—No acuséis a Milady, señor. Ella ignora

que yo había entrado en su habitación... para sustraerle sus joyas.

Y al decir esto, sacó del guante varias de gran valor.

—¿Tú?... ¡Duval ladrón!—exclamó colérico el duque—. A no ser por los servicios que en varias ocasiones me habéis prestado, en este momento os haría apalear como un perro... ¡Idos!

Y al decir esto, el de Brentleigh le cruzó la cara con su propio chambergo y salió.

Aquella injuria infetida en aquel rostro sin tacha repercutió dolorosamente en el corazón de la hermosa duquesa y fué recibida en actitud humilde por le noble francés, quien bajó la cabeza humillado. ¡Heroico sacrificio el de un noble que se hace pasar por ladrón con tal de poner en salvaguardia el honor de una dama!... ¡Noble acción, digna de aquellos tiempos caballerescos!

Duval inclinó la cabeza y salió de la sala. Lord Lionel no se movió, miró a su prima con desdén y pronunció despectivamente:

—¿Tratos secretos con ladrones, prima mía?... ¡Ja, ja, ja!

—¡Ese hombre se ha sacrificado por mí!... Voy a contárselo todo al duque para que juzgue a ambos. Quiero que sepa que habéis venido a esta casa para robar, sí, para robarle su honor!

Salió Lady Norma. En aquel momento sonó un disparo. La duquesa corrió y dió un grito de terror. En la parte superior de la escalera

su esposo, lívido, se llevaba las manos al pecho y cayó rodando por las escaleras, herido de muerte. ¿Quién había disparado sobre el duque? Nadie lo sabía.

Lady Norma, la servidumbre y Lord Lionel se apresuraron a acudir a donde yacía el duque gravemente herido.

En aquel momento apareció en la parte superior de la escalera el caballero Claudio Duval. Al verle, Lord Lionel gritó con rabia a los criados, señalándole:

—¡Detened a ese miserable!... ¡Yo le he visto disparar sobre el duque!

Los domésticos subieron, en actitud poco tranquilizadora, hacia donde se hallaba el caballero francés. Este se dispuso a la defensa y con solos sus puños puso a los asaltantes fuera de combate y huyó, salvándose de la furia de los servidores del castillo y de Lord Lionel.

Entretanto, la duquesa, arrodillada a los pies de su esposo moribundo, lloraba acongojada sumida en un indecible dolor y gritando con desesperación:

—¡Esposo mío!... ¡Vida de mi vida!... ¿Qué mal has hecho para que así te veas?... ¡Oh, Señor, castiga al asesino!

El duque, bañado en un charco de sangre, entreabrió sus ojos casi ya sin luz, y sus labios lívidos, amoratados, balbucearon:

—Norma... lo único que siento... es... perderte...; porque pierdo en tí... la esposa bella... la esposa buena...

No habló más. Su alma se había disgregado de su cuerpo.

V

El fugitivo Claudio Duval, perseguido por un crimen que no había cometido, huyó al



... pero en vista de la pistola no tuvo más remedio que bafar.
(pág. 48)

bosque y, como nuestro don Juan de Serrallonga, se hizo bandido; pero no un bandido ladrón y criminal, sino que, como el héroe catalán, se constituyó en amparador y protector de los débiles y desamparados, y castigador de los

nobles feudales, tan inicuos en aquella época como injustos en sus tratos con los feudatarios.

Desde aquel momento una sola idea dominó su alma de caballero: una noble ansia por rehabilitar su nombre, denigrado y vilipendiado por la vil calumnia del más vil caballero que él hubiese conocido jamás.

El nombre de Claudio Duval se hizo legendario en toda Inglaterra: los pobres pronunciaban su nombre con respeto y admiración; los nobles con temor. En los bosques, en las carreteras reales, en las aldeas, la Reina había hecho poner grandes cartelones ofreciendo una fuerte gratificación a quien capturase al bandido, orden que firmaba el juez Atterbury, y decía así:

El que consiga arrestar a Claudio Duval, asesino del duque de Brentleigh y salteador de caminos, recibirá, por orden de Su Graciosa Majestad, la suma de 500 guineas.

ATTERBURY.

Hállase Duval a caballo en medio de un bosque y ve ante sí, clavada en un árbol, la halagadora oferta. Se echa a reír y con la punta de su espada hace bronce el escrito. En aquel momento un pobre caminante pasa a su lado y dice al bandido:

—Caballero, tened la bondad de abrir vuestra bolsa para socorrer a un desgraciado caminante.

Duval mete la mano en su bolso y saca un

puñado de monedas que alarga al mendigo, diciéndole:

—Tomad, hermano, y que Dios os alivie el camino y las penalidades de la vida.

—Y a vos no os olvide, noble señor!

Volvamos al castillo de Brentleigh.

La muerte del duque había vuelto sombrío y silencioso el risueño carácter de Lady Norma, a quien vemos vestida de riguroso luto.

Reparte la duquesa el día entre la lectura y los trabajos manuales, como son los bordados y costura. Raramente se deja ver al exterior.

Para alegrar a Lady Norma y hacerle más llevadera su vida de encierro en el castillo, ha hecho venir de Londres a su sobrina María Luisa Challoner, una linda joven de veinte y dos años, tan alegre y cariñosa como buena.

Lady Norma hállase bordando cerca de uno de los ventanales del gran salón, cuando penetra risueña su sobrina, la cual se acerca a ella, la besa y se sienta sobre un cojín a sus pies.

—¿Vamos a permanecer mucho tiempo aquí, tía?—pregunta María Luisa—. ¿Cuándo iremos a Londres a pasar una temporada?

—Veo que tu corazón te llama a Londres.

María Luisa Challoner bajó la cabeza, sonriendo, y su tía prosiguió:

—¿Es que está en la capital el galante capitán Cradock, por quien suspira tu corazón?

—En la Corte está, sí, tía.

—¿Ves como yo lo acierto?

—Pero vos sois tan buena...

—Necesito, ante todo, dejar terminado lo referente al testamento de mi marido. Después te prometo que nos iremos a vivir a Londres.

—¡Gracias, amada tía!

—Vete a dar un paseo en coche, hija mía. El aire del campo te sentirá mejor que el que respiramos entre estas cuatro paredes.

—Sí que lo haré —aceptó la linda sobrina, levantándose y dando un beso a su tía.

Un criado penetró llevando en una bandeja de plata una carta que entregó a la duquesa.

Esta la abrió. Era de Lord Chesterton, su antiguo pretendiente. Decía así:

Señora: Sé que no hay excusa posible para aquel asunto de las cartas; pero sé también que vuestro corazón está lleno de bondad y espero hacerme perdonar. Mi espada y toda mi persona, señora, están a vuestro servicio; una palabra vuestra hará correr a arrojarse a vuestros pies al que no desea más que probaros su devoción.

CHESTERTON

Terminada de leer la carta, preséntase ante ella su primo Lord Lionel, el causante de todas sus desventuras. Con aire despectivo y continente altanero, dice a la duquesa, sin ni siquiera saludarla:

—¿Quién iba a pensar que el imbécil de mi primo iba a olvidarse de mí en su testamento?

Molestada la duquesa, le contestó en un tono de reproche:

—Las gentes más rudas e incultas, mi lord, respetan la memoria de los muertos.

—Pero si estos no respetaron en vida la de los vivos...

—Os prohibo que destigéis la memoria de mi esposo.

—Ya sabéis, duquesa, que, tratándose de vos, soy más dócil que un cordero y más fiel que un perro.

—Pues si me sois fiel, Lionel, idos a vivir a Londres. Vuestra sombra me daña el alma.

—Ahora mismo enséñame alazán si me dais cincuenta mil guineas.

—¡Ni un sueldo!... ¡Sólo mi desprecio merecéis!

Y al decir esto, la duquesa salió, dejando solo a su primo, quien se echó a reír amargamente y de despecho.

VI

En la posada de «Las dos llaves», propiedad de los padres de Maгда Crisp, disfruta Claudio Duval de grandes simpatías. Y, aunque tiene su vivienda en lo más espeso del bosque, goza de frecuentar el mencionado mesón.

En ella tiene dispuesta una habitación y siempre halla caras risueñas que le halagan y le obsequian.

Los que se hospedan en este mesón son, por lo general, personas de humilde condición, agricultores, mercaderes y trajineros, y todos deben al romántico bandido favores de muy diversa índole: a los unos les ha socorrido, a otros protegido contra la rapacidad de bandidos vulgares que les habían querido expoliar y a muchos ha pagado su estancia en la posada. Por eso al pronunciar el nombre de Duval entre los habituales del mesón, todos los rostros se iluminan con una sonrisa.

Cuando han llegado tropas acompañando a algún noble que no se ha atrevido a atravesar solo aquellos caminos, los primeros en ocultar al oculto y generoso bandido han sido los elites del mesón y los amos del mismo. Y es que todos aman a Claudio Duval.

La numerosa concurrencia de la posada se asoma a puertas y ventanas. Han oído el cascabeleo de un coche y el pezuñar de un caballo, y como Duval está en la posada, presumen sea una buena presa para el bandido.

—¡Un coche!—llaman todos.

Al pararse el vehículo, en cuya portezuela se veía grabado el escudo ducal de Brentleigh, apoyado en la pared, al lado de la puerta del mesón, se hallaba uno de los habituales bebedores del mismo, delgado en demasía, líxico y con cara de idiota, el cual sonrió estupidamente al ver al tieso cochero, pedir con aire imperativo:

—¡Agua para los caballos... y pronto!

Dos huéspedes que habían salido y que tam-

bién reían por adelantado, al pensar en el susto que le darían cuando supiese que dentro del mesón estaba el terrido Duval, se guasaron de él con tal descaro, que el altivo auriga, verdadera caricatura viviente, agitó el látigo



*Pasaron al prado y empezaron los pases del clásico minué.
(pág. 40)*

y volvió a repetir más tieso y con más autoridad:

—¡Villanos, agua para los caballos!

—Con queso te la van a dar—gritó uno de los dos guasones.

—¡No te pongas tan tieso—le dijo el segundo—, que Duval anda por estos alrededores y te doblará el espinazo!

No bien el caricaturesco auriga hubo oído aquel nombre fatal, dejó caer el látigo, cruzó la vista como un borracho, palideció, se tambaleó y dejóse arrastrar hasta el suelo, con gran risa del idiota de la puerta y de los dos chuscos que lo habían tomado la cabellera.

El cochero, dando muestras de un pánico cervical, acercóse a la ventanilla y con voz entrecortada, dijo a la ocupante del coche:

—¡Señora, perdíradme... pero ese bandido Duval me da un miedo horroroso!... No puedo proseguir el paseo.

—Pues volvamos al castillo—dijo la dama.

—¡Y si Duval...! ¡Ay, no, no!... ¡Ni pensarlo quiero!

Y al decir esto el cochero, las piernas le bailoteaban de tal modo que aún aumentaba la hilaridad de los que le contemplaban.

Comprendió María Luisa Challoner que su cochero no tendría valor para proseguir, y descendió. Iba cubierta con una espa parda con capucha con la que cubría su cabeza y que realzaba aún más su belleza rubia.

Penetró en la posada. John Crisp, el posadero, estaba hablando con Duval, quien quedó admirado de la exquisita belleza de la rubia.

—¿El posadero?—demandó María Luisa.

—Servidor—dijo Crisp—. ¿Qué desea, señora?

—Mi cochero se ha atemorizado al solo nom-

bre de Duval. ¿No habrá aquí un hombre lo bastante valiente para escoltarme hasta el castillo de Brentleigh?

Clandio Duval, que, como hemos dicho, miraba a la joven con ojos complacientes, contestó:

—Mijady, vuestros ojos infunden valor al más cobarde... ¿Me permitis que yo os escolte, señora?... Puedo aseguraros que Duval no se acercará a vosotros.

El posadero se echó a reír. La dama contestó:

—Sois tan gentil, caballero, que acepto agradecidísima vuestro ofrecimiento.

—Más agradezco yo vuestra aceptación... ¡Vamos, pues!

—¡Vamos!

Sabieron de la posada. Duval abrió la portezuela con gentil continente y se inclinó graciosamente al pasar María Luisa. Luego subió a caballo y cabalgó al costado del coche escoltando a tan linda mujer, de la que quedó prendado.

Cuando llegaron frente a la inmensa alameda que se extiende ante el castillo, Duval se acercó a la ventanilla del coche y se despidió de la dama con palabras muy amables, llenas de melifluros conceptos; María Luisa le tendió su mano escultural, que el caballero besó apasionadamente.

María Luisa, al apercibir la pistola del caballero, díjole:

—Deseo, señor, que si os servís de esa pistola sea para castigar a Duval.

—El castigo de Duval, señora—contestó él—acaba de empezar.

—Gracias, amable caballero—manifestó ella.

—¡Adiós, linda dama!—exclamó él.

Y el coche partió veloz, mientras Duval partía también hacia el bosque al paso lento de su caballo. Iba triste, cabizbajo, pensativo; con el corazón herido de amores.

Mientras María Luisa Challoner regresaba al castillo saboreando su espíritu la fina gentileza del donoso caballero del mesón de «Las dos llaves», Lord Lionel preparaba una nueva maldad.

Vió este caballero sobre la chimenea, una miniatura de María Luisa Challoner, la tomó en sus manos y, después de contemplarla largo rato, acercóse a su prima y le dijo:

—He oído decir que María Luisa es muy rica. ¿Es verdad?

—Adivino vuestro pensamiento, Lionel. ¿Os atrevéis a soñar en un matrimonio con María Luisa?

—Sueñan los dormidos y yo estoy muy despierto.

—Yo os juro, Lionel—profirió la duquesa con energía—, que mi sobrina no será nunca vuestra esposa.

—No veo porqué es tan desahellado el proyecto.

—Vos no podéis respirar el mismo ambiente que esa niña pura e ingenua.

—¿Y si yo la enamoro?

—Lionel, en vuestra alma anda el crimen.

—¡Norma!—rugió el caballero.

La duquesa se irguió con noble continente y le espetó al rostro su maldad con estas palabras:

—¿Pensáis que yo pude creer que fuese Duval el asesino de mi marido?

—¿Sostenéis esta acusación, Norma?

—Sí, la sostengo. Vuestra voz acusadora se alzó en aquellos momentos; pero yo sé que Duval no es ni ladrón ni asesino.

—No es más que un bandidero, cuyo nombre reparece con horror en todos los ámbitos del Reino Unido.

—¡Mentís!... ¡Duval es un caballero!

—¡Ja, ja, ja!

—Quedamos en que no debéis pensar más en mi sobrina María Luisa.

—Quedamos en que pensaré en ella.

—Lo veremos.

—Lo veremos. Me casaré con ella por grado o por fuerza.

Cuando Lord Lionel se separó de su prima, ésta se puso a escribir a Lord Chesterton.

Lord Chesterton: He recibido vuestra carta cuyo contenido agradezco. Acepto vuestro ofrecimiento y, en su consecuencia, os ruego vendáis a Brentleigh urgentemente para escoltarnos a María Luisa y a mí hasta Londres. Lion-

nel quiera casarse con mi sobrina, y su ansia de dinero es tal, que temo haga una locura o una infamia.

Os saluda,

NORMA.

La duquesa llamó a un servidor del castillo y le ordenó dándole la carta que acababa de escribir:

—Que salga un buen jinete para Londres y entregue esta carta, personalmente, a Lord Chesterton.

VII

Claudio Duval continuaba su vida errante; pero desde el día en que viera a la hermosa sobrina de Lady Norma, no pudo quitar de ella su pensamiento. Suspiraba por ella y su único anhelo era volverla a ver. Muchos días pensó ir a rondar el castillo donde moraba aquella. Por fin, un día, su deseo fué tan irresistible, que al caer de la tarde cabalgó hacia Brentleigh y, subido sobre la silla de su corcel, observó el jardín por las bordas de las tapias.

Era el caer de una tarde octubrina. Un criado había anunciado a María Luisa que se hallaba en compañía de su tía:

—El capitán Gradoch espera a la señora en el challo.



Y habíase cedido demasiado en el servicio sin el auxilio de Duval que lo aguantó en sus brazos. (pag. 42)

—¡Gradoch!—clamó la joven levantándose con presteza.

—Anda, anda a ver a tu novio, hija mía— le dijo la duquesa—. Se ve que sus anhelos de verte no tienen espera.

—Voy corriendo.

Arreglóse con presteza el cabello y, ligera como una corza, bajó al challo. El capitán Gradoch, un hombre ya hecho, muy estulto, esperaba en el gran vestibulo. María Luisa corrió hasta él y le tendió ambas manos que el capitán apretó amorosamente en las suyas.

—¡Qué alegría me causa vuestra visita, Gradoch!

—Las hazañas del cobarde huido Duvál son una felicidad para mí, pues me han ordenado prenderlo y esto me permite acercarme a vos.

—¡Qué felicidad!

—¡María Luisa, estáis muy hermosa!

Acariciaron sus rostros; mas al notar que dos rígidos servidores les observaban, la joven dijo a su novio en voz muy baja:

—Vámonos al jardín?

—Sí, sí, vamos.

Salieron al parque cogidos apretadamente del brazo y contándose sus cuitas amorosamente. Así llegaron cerca de la tapia y paráronse junto a un frondoso tamarindo.

—¿Pensáis mucho en mí, María Luisa?

—Mucho, mucho! ¿Y vos?

—Yo, amada mía, os tengo tan grabada en mi alma que no vivo más que con un pensamiento: ¡mi amada María Luisa!... Vos sois

vida de alma, sol de vida, alegría de mi corazón... ¡mi amor!

—¡Vuestro amor!

—¡María Luisa!

—¡Vida mía!

Callaron las bocas y hablaron sus almas, que juntaron en un beso.

Los amantes creían estar solos; mas no. Duvál les observaba asomado por las bordas de las tapas. La distancia que le separaba de los amantes era tan escasa, que oyó el susurro del ósculo que sonó en su alma como un eco de muerte: aquel beso había matado la única ilusión de su vida.

No quiso ver más y volvióse a sus solitarios dominios, lentamente, triste, con el espíritu abatido, el corazón muerto a la esperanza y con dos lágrimas que pugaban por asomarse a sus téntricas pupilas.

Cuando los enamorados volvieron al castillo, supo el capitán Gradoch, por Lady Noema, que, al día siguiente María Luisa y ella partirían para Londres en compañía de Lord Chesterton, a quien había pedido aquella que les escoltase.

Estamos en Londres y en la morada de Lord Chesterton. Un hermoso chalet situado en una de las vías más concurridas en aquella época. El noble prócer hábase atarado preparando su ligero equipaje. En aquel momento le avisan que una señora desea ser recibida.

—Que entre—dice Chesterton. Y al verla exclama:

—¿Tú por aquí, Magda?... ¿Qué hay de nuevo?

—Hace ya dos meses que no he visto a Lionel y he venido para saber si tenéis noticias suyas.

—Las noticias que tengo son las que se consiguen en esta carta que puedes leer.

Y le alargó la que Lady Norma le había escrito. Magda Crisp leyó la carta y sus mejillas se colorearon de un rojo vivo y sus ojos centellearon de cólera.

—¡Malvado!—clamó rechinando los dientes—. ¡Juro que me la he de pagar!

—Mi deber—dijo Chesterton—es acudir al llamamiento de la duquesa.

—¿Permitís que os acompañe hasta la posada de mis padres?

—El viaje será más agradable en tu compañía.

—Desde la posada podré vigilar mejor a Lionel.

—Apruebo tu idea.

—¿Cuándo marcháis?

—Dentro de un par de horas.

—¡Está bien. Dentro de dos horas estoy aquí, voy a preparar mi equipaje.

—Ya te haré disponer un caballo de mis cuadras.

—Gracias, Lord Chesterton. ¡Hasta dentro de dos horas!

—¡Hasta pronto!

Y mientras la amante de Lord Lionel se disponía para el viaje, éste preparaba, en la sombra, el rapto de María Luisa Challoway, para casarse con ella por sorpresa.

VIII

Un criado afectado al servicio de Lord Lionel se acerca a María Luisa y le dice:

—El capitán Cradock regresa a Londres y desea despedirse de vos en la puerta del parque.

Corrió María Luisa donde le indicaba el criado; mas al salir por la puerta del parque, vióse tapada con una capa y cogida entre dos hombres que la llevaron en vilo a un coche que esperaba en la parte de afuera.

Dentro del coche, dispuesto para la marcha, hallábase Lord Lionel.

Cuando la joven estuvo dentro del vehículo, éste partió a gran marcha, y al estar lejos del castillo, Lionel destapó el rostro de la dama, que quedó horrorizada al verse junto a aquel hombre con cara de sátiro.

—No os espantéis, hermosa María Luisa, no os haré ningún mal.

—Dejadme marchar... Este proceder es inícuo... Sois un criminal.

—Reconozco que es una manera poco correcta de haceros el amor.

— ¡Esto es un atropello indigno.

— Lo será; pero esta noche será vuestro marido y entonces tendré tiempo de pedir os perdón.

— ¡Miserable!

Y en aquellos momentos, Marie Luisa Chalonier pensó en el caballero que días antes la había escoltado hasta el castillo. — ¡Oh! — pensaba —, ¡qué feliz, si le viese surgir para protegerme!

Esta invocación parecía haber sido oída por Duval, que se hallaba aburrido, con el pensamiento fijo en la mujer de sus pensamientos, en medio de la barahúnda y el bullicio de infernal bailete en la sala de la posada de «Las dos llaves».

— ¿No bailáis hoy, Duval? — preguntóle el posadero.

— ¡Bah!... ¡No tengo hoy ganas de divertirme!... ¡Manda que ensillen mi caballo!

Y minutos después, el héroe legendario seguía, al paso lento de su cabalgadura, por la carretera de Dover.

Por ella andaba, enojado en su habitual pensamiento de un amor imposible, cuando vio acercarse un coche en dirección contraria a la suya. Púsose el antifaz, desenató el arzón de las pistolas, se tapó con la capa hasta los ojos y continuó su camino con la misma lentitud.

Al cruzarse con el coche, pudo ver a sus ocupantes ayudado por la claridad de la luna.

— ¡Oh!... ¡Ella!... ¡Y parece luchar contra



Duval se escondió en una caja grande. (pág. 56)

un hombre que por lo visto la quiere abrazar !...
[El !... ! Lionel !...]

Rempuñó la pistola, dió media vuelta y se plantó ante el auriga a quien amenazó con su arma. El coche se paró. Duval se apeó del caballo y abrió la portezuela.

—Desen que los señores se apeen.

Mar a Luisa obedeció la primera. Lionel parecía resistirse; pero en vista de la pistola no tuvo más remedio que bajar.

En su desesperanza, sólo ambicionaba Claudio Duval que María Luisa estuviese un instante, el espacio fugaz de un segundo, en sus brazos. Duval se dirigió a Lionel:

—Antes de tomar vuestra bolsa, milord, tendré el honor de bailar con vuestra dama.

El coche se había parado frente a un prado extensísimo de finísima hierba, matizado con margaritas, amapolas y otras flores silvestres. La luz clarísima de una luna llena iluminaba la campiña con fulgores de plata.

En aquel momento un mendigo pasaba por el camino; llevaba un zurrón a cuestas y en él una flauta campestre.

Duval le hizo seña de que se acercase y el portibogero obedeció.

—¿Tocas?—le preguntó.

—Lo que el caballero se sirva mandarme.

—Pues entonces, mendigo, vas a tocar el minué más alegre de tu repertorio.

El mendigo colocóse al lado del caballo del enmascarado, preparó su instrumento y empezó a tocar un minué dulcísimo como la risa

de una niña, cadencioso como canto de niño.

Duval se acercó a la dama y la cogió suavemente la mano, preguntándole:

—¿Permitis, milady, que baile con vos este minué?

—Si vos queréis.

Pasaron al prado y empezaron los pases del clásico minué sobre un suelo alfombrado maravillosamente. Y la luna, testigo de aquel hermoso cuadro, prestaba su luz suavísima, que hacía reír a las flores.

El mendigo seguía tocando y la pareja bailando con la misma seriedad que si se hubiesen hallado en el más aristocrático de los salones.

Las emociones hondísimas que había sufrido Mar a Luisa hicieron que el baile parecía amoriarla, y suplicó al enmascarado:

—¡Por favor, si sois caballero, no me torturéis más tiempo y ayudadme a salvarme, pues Lord Lionel Malyn me ha raptado esta noche para obligarme a ser su esposa!

—¡Os salvaré!

Sea por la emoción, sea por el cansancio, o por ambas cosas a la vez, María Luisa palideció, llevó las manos a la cabeza y hubiese caído desmayada en el suelo sin el auxilio de Duval, que la aguantó en sus brazos. Su suprema aspiración estaba satisfecha: la amada de su alma, la única mujer por la cual palpita su corazón, estaba en sus brazos.

—Toma estas monedas—dijo el romántico bandido al músico-mendigo, entregándole un

puñado de ellas—, y aguantame esta mujer mientras subo a caballo.

Obedeció el pordiosero; Duval disparó su pistola contra Lionel, sin intención de herirle, sólo para amedrentarle; subió a caballo; el pobre llevó a María Luisa hasta el bandido, que la tomó en sus brazos, y huyó hacia la guarida que tenía en el bosque.

Antes de llegar a ella, la hermosa sobrina de la duquesa de Brentleigh había vuelto en sí y nada temió al hallarse en compañía de aquel hombre, pues, aunque él llevase el rostro cubierto, su corazón ya le había reconocido por la voz, por su talla, por sus nobles ademanes y por sus prendas de vestir: aquel era el mismo caballero de la posada de «Las dos llaves».

Al llegar al chamizo del enmascarado, éste dijo a su linda presa:

—En esta cabaña, señora, estaréis libre de todo peligro. Podéis estar completamente tranquila, pues estáis en poder de un hombre de honor.

—Os ruego... Pero si queréis llevar vuestra bondad hasta el fin, avisad a mi tía, por medio de un mensajero, para que sepa el lugar donde me encuentro.

—Sí que lo haré... Esperad breves momentos, que yo os enviaré una mujer que os haga compañía, mientras voy a avisar al castillo. Pensad, señora, que el caballero que os alberga en su choza hará por vos lo que haría por la persona que más ama en el mundo.

—Gracias, gracias... Duval.

—Sí, soy Duval; Duval, el proscrito a causa de haber sido un hombre de honor, sacrificando el mío para salvar el de una dama; Duval, sobre quien pesa el estigma de un crimen cometido por el acusador, un crimen del que os juro por mi alma que no he cometido; Duval, que por estar fuera de la ley, todos creen un bandido, cuando en realidad no hago más que sustraer algo de lo mucho poseído injustamente por los poderosos para aliviar las más perentorias necesidades de los menesterosos. ¡Duval! ¡Ese soy yo!

—¡Duval! El gentil caballero que no hace muchos días me acompañó al castillo de Brentleigh.

—Sí.

—El que al despedirse de mí, besó mi mano con...

—Sí, sí; con calor, con fuego, con pasión.

—¡Duval!—clamó María Luisa, inclinando la cabeza.

—Nada temáis y esperad unos instantes, que os mandaré una buena compañía... ¡Hasta después!

—¡No tardéis, caballero Duval!

En la posada de «Las dos llaves» tenía efecto una fiesta entre los numerosos clientes que se albergaban en ella. John Crisp y su esposa, propietarios del célebre mesón, no cabían en su piel de contentos; su hija Magda, después de una prolongada ausencia de varios años,

había regresado al hogar paterno... ¡Y qué hermosa estaba!... ¡Y qué elegante!... ¡Traía su bolso bien repleto de buenas guineas de oro!... ¡Qué trabajadora y hacendosa era aquella hija que había sabido agenciarse una posición brillante en medio del gran mundo londinense!... ¡Pobres padres, qué lejos estaban ellos de pensar que aquellos bienes y aquel lujo eran producto de las caricias tarifadas de su hija en medio de una vida capulosa de librería y de juego!

—¡Siga la fiesta!—gritan unos.

—¡Continúe el baile!—vocan otros.

Y todos aquellos seres se arremolinaban, se estrujaban en medio de un barullo atrozador.

De pronto uno clama:

—¡Duval!

Efectivamente, el célebre bandido acababa de entrar.

Hizo una seña a Crisp, y ambos subieron hasta la habitación que Duval tenía reservada en el mesón.

—¿Qué hay de nuevo, Duval?... Parecés preocupado.

—¿Tienes aquí una mujer de confianza?

—Hombre, según para qué, sí. ¿Es para...?

—y continuó su pensamiento con un guiño.

—No, hombre, no; nada de eso. Una mujer bonraça.

—Mi hija acaba de llegar; con que... más montada...

—Hazla venir.

—¿De qué se trata?



—Hazla venir.

Obedeció el posadero. Cuando Magda estuvo ante Duval, éste se explicó:

—He librado a una dama de los bestiales instintos de Lionel Malyn.

—¡Lionel!—clamó Magda con furor.

—Sí, y la tengo en mi cabaña del bosque. Necesito que vos, Magda, vayáis a hacerle compañía. Yo estaré allí dentro de unos instantes.

—El caso es—objetó Magda—que yo ignoro donde se halla vuestra cabaña.

—Bertita te acompañará—manifestó el posadero.

—Sobre todo acudid pronto; está sola.

—Inseguida.

Magda Crisp y Bertita, la pequeña frejona del mesón, partieron hacia el bosque.

—Ahora—rogó Duval al posadero—, necesito que me procures un muchacho de confianza para llevar un correo al castillo de Brentleigh.

—Tom, el mozo, es de toda confianza.

—Hazla venir.

Cuando Tom, el mozo de cuadra de la posada, estuvo delante de Duval, éste le dijo:

—Atiende bien lo que te digo.

—Sí, milord.

—Vas al castillo de Brentleigh y dices a la duquesa, pero a ella misma en persona, ¿eh? que su sobrina está recogida en mi cabaña del bosque.

—¿Y si ella quiere ir?

—Tú la acompañas.

—Está bien. Voy enseguida.

Salió el mozo, y cuando Claudio Duval se disponía a salir, oyó ruido de caballos que parecían acercarse; miró por la ventana y vio pararse a la puerta del mesón un escuadrón de soldados con su capitán al frente.

—Baja presto, Crisp, que deben ir en mi busca.

—No os mováis de aquí.

Descendió el dueño del mesón y salió de la casa en el momento en que el capitán Gradoch preguntaba a los que se aglomeraban a la puerta:

—¿Quién de vosotros sabe donde se oculta el bandido Duval?

Al oír la pregunta todos los presentes se miraron unos a otros con una sonrisilla que parecía el conjuro del silencio.

—Esta bolsa de oro se lleva quien me diga donde está!—pronunció el capitán levantando en su diestra una bolsa llena.

Crisp, el ventero, se adelantó y contestó con entereza a este ofrecimiento:

—En esta casa no vendemos a nuestros amigos!

—Entonces, ventero—repuso Gradoch—, tú eres su cómplice.

—¡Siga el baile, amigos!—vocó Crisp.

Todos entraron en el mesón menos uno. Un labriego avaro y traidor—¡siempre hay un Judas!—acercóse sigilosamente al capitán y le dijo:

—Duval tiene su cabaña en el bosque vecino; pero ahora está arriba.

El hijo del ventero oyó esta revelación y subió ligero a avisar al bandido que se pusiese en salvo.

—Amigo mío—le contestó Duval—, ahora es difícil. La casa está rodeada de soldados.

—¡Que suben!—gritó el posadero.

—Toma—mandó Duval al hijo de Crisp—, cúbrete el rostro con este pañuelo... Así... Solo con los ojos al descubierto. Ahora, cuando suban los soldados, resístelos... Yo me escondo en esta caja... Te prenderán, y cuando estés abajo, que todos los soldados te rodearán, yo ya me habré salvado por esta ventana.

Duval se escondió en una caja grande que había cerca de la puerta y, en aquel momento, los soldados la empujaban queriendo forzarla. Cuando la cerradura cedió, el hijo del posadero, que iba con el rostro tapado hasta los ojos, se resistió a que lo cogieran. Amarráronle, le hicieron bajar y, entonces, nuestro héroe salió de la caja y saltó por la ventana bajo la cual tenía ya dispuesto el caballo y huyó como alma que lleva el diablo.

Cuando todos los soldados rodeaban al supuesto bandido éste se quitó el antifaz y se echó a reír a carcajadas, burlándose de los soldados.

—¿Tú?...—exclamó extrañado el capitán, que conocía al hijo del ventero.

—¡Por allí huye!... ¡Por allí, capitán!—gritaban varios soldados, señalando el camino por donde escapaba Duval.

—¡Al galope!—mandó Gradoch.

Y el escuadrón partió al galope frenético en medio de una densa polvareda.

Apenas Magda había llegado a la casucha donde esperaba María Luisa, casi no había tenido tiempo de saludarla, cuando penetró de improviso Lord Lionel, causando su presencia gran sorpresa a Magda y un terrible pánico a la sobrina de la duquesa.

Notó la amante de Lionel el terror que se había apoderado de la hermosa joven, y la calmó diciéndola:

—Nada temáis. Este hombre es un vil cobarde—y dirigiéndose a él le reprochó con sarcasmo su cinismo:—Con que... secuestrando mujeres... ¡Miserable!... ¡Cobarde!... ¡Poltrón!... ¡Si tocas un cabello de esta joven te sacro los ojos!

Lord Lionel Malyn sonreía cínicamente, cuando oyó pasos tras él. Volvióse. ¡Oh!... ¡Duval!

—¿Tú, en mi casa?... rugió el bandido con tono amenazador—. El causante de mis desdichas en mi camino.

—Ya ves, Duval, que no te temo cuando me atrevo a presentarme en tu propia guarida.

—Dí más bien que has creído encontrar sola a tu víctima.

—¡Y a sus víctimas halló!—exclamó Magda Crisp.

—Por lo general—dijo Lionel—, los salteadores de caminos no temen derramar sangre. Repeto, pues, que me matarás como lo que eres, como un villano.

Duval arrojó al suelo sus pistolas y contestó:

—Escoge una espada. Quiero tratarte con honores inmerecidos de caballero, aunque no seas más que un vil canalla y un asesino.

Lionel tomó la espada que se le ofrecía, ambos pusieron en guardia y empezaron un duelo a muerte. Las dos mujeres, abrazadas, en un rincón de la estancia seguían espantadas, las incidencias de aquel combate singular.

Ambos combatientes eran igualmente hábiles en el manejo de la espada; pero Lionel tenía la ventaja sobre su adversario, por ser más alto y tener el brazo más largo.

Duro fué el combate. A causa de las ventajas apuntadas, Lionel acorraló a su adversario en la pared y le inutilizó para la defensa.

Las dos mujeres, con los ojos desencintados y temblorosas, veían ya al donoso caballero Duval atravesado por el acero de su adversario.

Entonces, Magda Crisp, en el paroxismo de su venganza, tomó del suelo una pistola, apuntó al pecho de Lionel y disparó. Esto dió una vuelta en redondo y se desplomó.

Aquella mujer despreciada por su amante, cuando le vió herido, arrojóse a sus pies y se arrepintió de haberse vengado de aquel modo.

—¡Qué loco he sido, Magda, por haberte olvidado!

—¡Yo te he matado!... ¡He matado a mi amor!—gritaba Magda con desespero.

¡Oh, psicología del corazón femenino, qué de misterios encierras!



...y con su guante, á guisa de navaja... (pág. 62)

Amó la mujer con pasión, hasta que los celos le atenazaron el alma. Entonces el amor pasional se convierte en locura de amor: quiere sola para sí al ser amado o él no ha de existir. Una obsesión se apodera de su espíritu: la idea del aniquilamiento del ser idolatrado que sólo podía existir para ella. ¡Horrendo martirio! Pues si vive con el gusano torcedor de los celos es un morir continuo, y si la mujer cumple la idea de su venganza, entonces, al verla cumplida, surge de su alma un amor tan grande, tan intenso, que quisiera resucitar al ser amado o morir con él... ¡Oh, arcanos del corazón femenino!... ¿Quién te pudo jamás comprender?

María está abrazada a Lionel, teniendo la cabeza de él entre sus manos y regando su rostro con sus lágrimas. El herido la mira conmovido y arrepentido.

En aquel momento se oye ruido al exterior. La puerta se abre y penetran en la choza, casi al mismo tiempo, la duquesa de Brentleigh, el capitán Gradoch y tres soldados.

—¡Daos preso!—ordenó el capitán cogiendo del brazo a Duval.

María Luisa se adelantó hasta el heroico y generoso bandido, e interponiéndose entre él y el capitán, le defendió diciendo:

—Capitán, el señor Duval es mi salvador.

A lo que manifestó gentilmente el capitán, dirigiéndose al caballero francés:

—No podéis imaginaros cuanto lamento te-

ner que cumplir con un deber que me obliga a olvidar que sois un caballero, para recordarme que tengo que prender a un bandido.

Lord Lionel se incorporó y pronunció con un rictus de ira, de rabia y venganza, estas palabras:

—¡Tú, yo quien maté al duque de Brentleigh...

—¡Miserable!—rugió la duquesa, y prosiguió Lionel:

—Confesando mi crimen, Duval no será condenado por asesino, pero será ahorcado por bandido.

Ahora que sobre Duval no pesa la más grave acusación—manifestó la duquesa—, yo conseguiré hacerle perdonar sus otros delitos más efímeros que reales.

—Gracias, duquesa, sois muy buena. ¡No soy cortesano, no sé vivir en vuestros lujosos palacios!... ¡Para mí no hay dicha mayor que galopar por los caminos reales y mezclarme con el pueblo!

María Luisa acercóse a Claudio Duval, tomóle las manos y se expresó así:

—Caballero, por dos veces me habéis prestado señalados favores; pensad que mientras viva no olvidaré vuestra gentileza y amabilidad. No sé por qué razones sois bandido, sólo sé que jamás he tratado con tal gentil caballero como vos.

Al ver el triunfo de su enemigo, Lord Lionel quiso incorporarse y casi lo logró; mas cuando parecía que iba a lanzarse contra su

mortal adversario, llevó las manos al pecho balbuceando:

—¡Maldición!

Y cayó exánime: estaba muerto.

Hubo un momento solemne de silencio. Duval y María Luisa se miraban en los ojos. La duquesa pareció comprender los deseos de Duval y, con su guante, a guisa de apagavelas, apagó el velón que junto a ella iluminaba la estancia. Esta quedó a oscuras.

Claudio Duval tomó por el tallo a María Luisa, atrájola a sí con fuerza, y estampó en su boca un amoroso beso que ella recibió, no sólo sin protestar, pero hasta con placer inmenso.

El singular bandido dijo con voz muy queda al oído de la joven:

—¡Os amo!

—¡Y yo!—contestó ella.

Aprovechando la obscuridad, Duval, en un abrir y cerrar de ojos, plantóse en la escalera y allí saltó sobre su latoso corcel, que huyó a través del bosque.

Cuando el capitán hizo luz con el pedernal y encendió el velón, María Luisa temblaba de placer y buscaba por todos los ámbitos al gentil caballero.

El capitán lo buscó también inútilmente.

Entretanto, Claudio Duval iba en busca de la única novia posible: ¡La libertad!

FIN

Número 83 - **BIBLIOTHECA FILMS** - 29 Septiembre

La novela dramática de aventuras extraordinarias que tienen por escenario la inmensidad de los mares y las abruptas costas de Bretaña, titulada:

El Rey de los Corsarios

por el atlético actor

JEAN ANGELO

Postal de JEAN ANGELO

Principales correspondientes a quienes pueden dirigirse los coleccionistas para completar colecciones:

MADRID: D. Manuel Castro; Mazarredo, 4.

VALENCIA: D. Vicente Pastor; Nave, 15.

SEVILLA: *Itálica*; de Berri y Lozano, Blanca de los Ríos, 8.

ZARAGOZA: *La Protectora*; Méndez Núñez, 15.

Agente para Cataluña: D. Manuel G. Alba; Correya, 238 - Barcelona.

BARCELONA: Agente de Reparto; D. Tomás Marín; Calle Barbarrá, 8.

Se solicitan correspondientes: Dirigirse, con informes, a la Administración de **BIBLIOTHECA FILMS**; Calabria, 93 - Despacho n.º 4 Barcelona.

Selección de BIBLIOTECA FILMS

Postal

| | | | |
|----|-------------------------------------|----------------------------|------|
| 3 | Rosita. | | 1 p. |
| 4 | La voz de la mujer. | Douglas Fairbanks. | 50c |
| 7 | La rosa de Flandes (2.ª ed.) | Raquel Meller. | 50c |
| 12 | ¿Dónde estás, hijo mío? | Gréte y Olaf. | 50c |
| 21 | La brecha del infierno | Camille Vernades. | 50c |
| 25 | Mesalina. | Rina de Ligoure. | 50c |
| 29 | Los Nibelungos (Sigfrido) (2.ª ed.) | Pablo Richter. | 50c |
| 33 | Koenigsmark (2.ª edición) | Jacques Catelain. | 50c |
| 40 | En las ruinas de Roims (2.ª ed.) | Corinne Griffith. | 50c |
| 43 | La mujer que supo resistir. | Ben Lyon. | 50c |
| 49 | Los dos pilletes (2.ª ed.) | Jean Forest y Leslie Shaw. | 50c |
| 82 | Como don Juan de Sarrallonga. | Mary Philbin. | 50c |

FILMS DE AMOR

| | | | |
|---|--|---------------------|-----|
| 1 | El templo de Venus | Mary Philbin. | 50c |
| 2 | La tierra prometida | Tina Meller. | 50c |
| 3 | Sacrificio | Fay Compton. | 50c |
| 4 | En las garras de la duda | Coppeau. | 50c |
| 5 | Ruperto de Hentzau (2.ª parte Prisionero de Zenda) | Eloise Hammerstein. | 50c |
| 6 | El tran de la muerte. | Miss Fred Barry. | 50c |

CELEBRIDADES DE VARIETÉS

| | | | |
|---|-----------------|---------------|-----|
| 1 | Ramper. | Ramper. | 30c |
| 2 | Mercedes Serós | Serós. | 30c |
| 3 | Elvira de Amaya | Amaya. | 30c |
| 4 | Lape. | Lape. | 30c |
| 5 | Argentinista. | Argentinista. | 30c |
| 6 | Chelito | Chelito. | 30c |
| 7 | Luis Esteso | Luis Esteso. | 30c |
| 8 | Pilar Alonso | Pilar Alonso. | 30c |

FESTIVALES ESCOLARES

Voluen en primero. 1 pta.

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

| | | | |
|---|----------------------|--------|-----|
| 1 | Manuel Baez «Libri». | Libri. | 35c |
|---|----------------------|--------|-----|

COLECCIONE USTED

FILMS



AMOR

LA MEJOR NOVELA CINEMATOGRAFICA

- Núm. 1 **El templo de Venus**, por Mary Philbin.
Núm. 2 **La tierra prometida**, por Raquel Melier,
Tina Melier y Andrés Roanne.
Núm. 3 **Sacrificio**, por Fay Compton y Stewart
Horne.
Núm. 4 **En las garras de la duda
o el calvario de una esposa**, por
Leda Gys y Alberto Capozzi.
Núm. 5 **Ruperto de Hontzau** Segunda época de
El prisionero de Zenda, por R. Ham-
merstein, Claire Windsor, Lew Cody y
Bert Lytell.
Núm. 6 **El tren de la muerte**, por Cayena y Edith
Roberts.

Literatura selecta — Cubierta a varias tintas.
La mejor y más barata de las novelas de

LOS MAS GRANDES FILMS

50 céntimos